

NAOMI MUHN
UN CUENTO
AL REVÉS

YOUNG
KIWI

YOUNG KIWI, 2023
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.

**YOUNG
KIWI**

Primera edición, octubre 2023

IMPRESO EN LA UE

ISBN: 978-84-19939-15-9

Depósito Legal: CS 711-2023

© del texto, Naomi Muhn

© de la cubierta, Borja Puig

Corrección, Carol RZ

Código THEMA: YF

Copyright © 2023 Ediciones Kiwi S.L.

www.youngkiwi.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

NOTA DEL EDITOR

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Para ti, que sueñas que todo es posible.

«Las mentiras nos hacen más fuertes.

Las mentiras nos hacen crecer.

Las mentiras nos hacen bien.

La verdad... está sobrevalorada».

PRÓLOGO

ARIEL

—Vega, avisa al Conejo Blanco de que la Reina de Corazones ya no será un problema —me ordenó Ariel, sin ni siquiera mirarme.

Observé su espalda, vestida con una armadura negra tintada por la sangre de los soldados que componían el ejército de la monarca, y vi cómo guardaba su espada sin inmutarse ni un ápice por las manchas carmesí que había en su hoja afilada. Nos encontrábamos en mitad del campo de batalla, cerca de la frontera que dividía el mundo mágico de las tierras en las que los aliados de Arturo conspiraban, mientras nuestras tropas desvalijaban a los muertos caídos en la lucha.

La estampa era dantesca, si no fuera porque nosotros éramos los vencedores... Ganadores de una contienda donde la violencia se había desproporcionado y la ira se había apoderado de la persona que nos dirigía.

Ariel... La joven e inocente joven que había llegado a nuestro mundo de fantasía y había descubierto que los cuentos de hadas eran historias reales, pero lejanas a todo lo que le habían contado de niña; que era descendiente de la Bella Durmiente y que su padre había sido miembro de la misma organización de la que ahora ella formaba parte, y que incluso comandaba, dirigiendo las brigadas con mano firme, cuando Merlín lo veía oportuno. Por su sangre corría la magia primigenia, la clave que se suponía que daría por

terminada esta lucha en la que nos veíamos inmersos desde hacía años, siglos..., pero que todavía no habíamos resuelto. Un dilema que nos traía de cabeza a todos y que a Ariel no la dejaba descansar, junto a la traición que había sufrido y que la había hecho madurar de golpe.

—Ariel, no era necesario...

—¡Sí, era necesario! —me escupió con los ojos llameantes, volviéndose hacia mí. La tensión de sus brazos y su rictus nervioso eran la contraposición de aquella joven que conocí hace unos meses—. La Reina de Corazones ha hecho mucho mal en nuestra tierra. Ha torturado a muchos inocentes por querer disfrutar del placer que sentía presenciando su dolor. Si no, díselo a Orejitas. Pregúntale a él si no sufrió cuando fue prisionero en su palacio. —Movi6 la mano, señalando el edificio que se levantaba a la derecha y que ahora esperaba un futuro incierto.

Era un castillo de piedra gris, que había perdido su brillo original, y con tejados rojos que coronaban sus torres. Escaleras enmarañadas nacían desde el suelo y ascendían rodeando el edificio sin un diseño equilibrado, pero sí rocambolesco. Lo más espectacular era su jardín, un laberinto hermoso donde los setos con grandes rosales destacaban por su color rojo sangre; como la tonalidad que invadía el verde césped donde los fallecidos descansaban tras creer que nos vencerían en la batalla.

—Y, cuando el Conejo Blanco sepa que la mujer de la que está enamorado ha muerto, ¿qué le dirás?

Ariel me miró de arriba abajo y pude apreciar cómo su mandíbula temblaba por un minisegundo. Su larga melena castaña ondeaba con libertad por el viento por detrás de ella. Le había crecido mucho en ese tiempo, y la delgadez de su cuerpo se había acentuado desde que regresó a La Fundación, tras la emboscada que sufrimos en las propiedades de la Bestia, y que la llevó a recuperar el espejo de Blancanieves.

Allí se enfrentó a nuestro enemigo. A Arturo.

Allí sufrió la mayor de las traiciones. La de Riku.

—Que el amor solo es una ilusión innecesaria para vivir —indicó midiendo cada una de sus palabras, para darme la espalda de nuevo a continuación, alejándose de mí, mientras sorteaba a los muertos.

CAPÍTULO 1

VEGA

El portal mágico comenzó a abrirse en la pared oriental del muro que protegía La Fundación del exterior mágico. Un pequeño círculo que crecía poco a poco, mientras chispas amarillas y azules saltaban desde los ladrillos a la tierra seca que formaba parte del campo de entrenamiento, hasta abarcar un espacio por donde tanto los especialistas como sus monturas pudieran atravesar.

Pocos eran los que se encontraban cerca de la puerta esperando a los suyos, ya que la gran mayoría de los miembros que conformaban las brigadas habían acudido a la batalla contra el ejército de la Reina de Corazones. Y la gran mayoría regresaban con pequeñas heridas que apenas necesitaban cuidados.

—¡Bienvenidos! —gritó Merlín, y el resto de los que se hallaban a su lado lo imitaron con escasa ilusión. Había algo en los gestos de sus compañeros que no animaba a alegrarse—. Vega, ¿qué tal ha ido todo?

Me acerqué al profesor, mientras observábamos el desfile de nuestros aliados con el castillo de la Reina Roja al fondo, y me percaté de que, a diferencia de todos nosotros, incluida yo misma, la ropa del mago estaba impoluta. Llevaba pantalones marrones de pana y una camisa azul de manga larga, que coronaba con una pajarita blanca. El cabello lo tenía recogido en una coleta, lo que hacía que destacaran las canas sobre el negro pelo.

—Ganamos...

Me miró de reojo y volvió la vista al frente, no sin antes subirse las gafas negras por el puente de la nariz. Se fijó en los especialistas que desfilaban hacia el cuartel donde vivíamos y en el rictus serio de Ariel. Ella era la que había abierto el portal mágico para llegar hasta nuestro hogar, gracias a la llave del Conejo Blanco que seguía colgada de su cuello por una cadena de plata y que no se había quitado desde el día que despertó.

Nada hacía presagiar que éramos el bando vencedor. Ni los gestos ni la escasa felicidad presente en nuestros rostros.

—¿Cuántas víctimas?

—No hay heridos graves entre nuestras filas, pero...

—¿Pero? —me preguntó con voz firme.

—No nos esperaban, y el ejército rojo ha caído entero.

Merlín centró su oscura mirada en mí.

—¿Y la reina? —Negué con la cabeza—. ¿Quién ha sido?

—Ariel —le indiqué, y ambos nos volvimos hacia ella—. No se detuvo para comprobar quién estaba al otro lado de su espada. Una vez que comienza la lucha...

—Se ciega y no ve nada ni a nadie —terminó por mí, porque ya sabía la historia.

Era la misma que llevábamos presenciando desde que había decidido formar parte de las brigadas y se había puesto en forma para poder enfrentar a nuestros enemigos.

En cuanto supo manejar una espada en condiciones, no dudó en acudir a las misiones y fue escalando posiciones dentro de los puestos de mando. Aunque por su sangre corría la magia, la de la rama primigenia del mundo de la fantasía, al no conseguir convocar el poder que debía poseer —que todos le decían que tenía—, se había centrado en algo más terrenal. Se había olvidado de los entrenamientos que buscaban potenciar ese don y se había centrado en sus habilidades con la espada.

Cualquiera podría sorprenderse al ver cómo la esgrimía ahora, tras la torpeza que mostró cuando llegó hasta nosotros. Era un

demonio con armadura negra que conseguía que la hoja afilada del metal atemorizara a nuestros enemigos.

Su furia y la venganza habían hecho el resto.

Todos sabíamos que se lo había ganado por méritos propios, pero también conocíamos que el coste de ese esfuerzo la había llevado *casi* a desprenderse de su corazón. Estaba a un paso de convertirse en uno de los antagonistas de los cuentos de hadas, en uno de los personajes malvados que atemorizaban a los niños pequeños...

A un solo paso.

—Merlín, debe hablar con ella... Desde la última expedición a la que acudimos para recuperar esa reliquia —lo miré, incidiendo en la importancia que tenía ese objeto—, se ha desatado. No fue algo bueno que lo volviera a ver. —No mencioné su nombre. Ambos sabíamos de quién se trataba.

—Lo he intentado, pero reconozco que no me escucha. No quiere saber nada de su poder ni de sus antepasados desde lo que sucedió. —Se pasó la mano por la nuca y me percaté de la preocupación que mostraba su cuerpo—. La sed de venganza que corre por sus venas alcanza cotas que no había visto jamás en nadie salvo en...

—Arturo —sentencié por él, y movió la cabeza de forma afirmativa—. Por eso debe hablar con ella, Merlín. Quizás debería apartarla, que se centre en encontrar su poder... En cualquier cosa que la lleve lejos de las misiones porque, al final, la perderemos.

Este asintió, aunque seguía habiendo dudas en sus gestos.

—Esta tarde hablaré con ella...

—¿Con quién? —preguntó la persona que centraba nuestra conversación, y que se había acercado a nosotros, cerrando la puerta mágica tras ella.

Se limpiaba el sudor de la frente con un trapo húmedo que uno de los compañeros le había pasado. El color blanco de la tela estaba oculto por la suciedad y la sangre que había en nuestros cuerpos, pero eso no parecía importarle.

—Ariel...

—Merlín —lo cortó, sin dejar que empezara a hablar, como si sospechara lo que quería decir—, ¿le ha informado Vega de que hemos recuperado algunas reliquias?

El mago me miró y asentí resignada.

—¿Estaban en el castillo?

—Así es —afirmó Ariel, y le pasó el brazo por los hombros para invitarle a caminar—. Una de las botas del gato, la pluma del Patito Feo y una cuchara de madera de...

Me miró por encima del hombro buscando mi ayuda. Me había puesto en movimiento tras ellos dos, pendiente de lo que hablaban.

—De Ricitos de Oro —aclaré.

Merlín asintió y palmeó su espalda.

—Eso está bien. Tendremos que estudiarlas con detenimiento, pero gracias al libro podremos comprender para qué sirven.

—O también podemos preguntar a Gruñón o a Conejito —apunté—. Creo que ellos ya nos hablaron de la pluma y de la bota cuando fuimos a visitarlos, ¿te acuerdas, Ariel?

—Fue hace mucho tiempo —me comentó esta, y soltó al profesor, para restregar sus manos la una contra la otra en un gesto nervioso—. Si tenemos esa gran biblia de las reliquias, mejor buscarlas entre sus páginas. No hay necesidad de molestarlos.

—El enanito y el Conejo Blanco forman parte de las brigadas, Ariel —le recordé—. Para ellos no supone una molestia. Todo lo contrario. Gruñón está deseando tener algo de acción. Eso de vigilar las fronteras le aburre un poco —comenté, e incluso sonreí al pensar lo feliz que le haría esta tarea, aunque fuera muy nimia para ellos.

—Pero, gracias a su trabajo, podemos anticiparnos a algunos de los planes que trama Arturo. Su trabajo, aunque aburrido —comentó Arturo con retintín—, es muy importante. —Se detuvo delante de la puerta del edificio que cobijaba La Fundación.

Suspiré y asentí con la cabeza mientras miraba hacia arriba, donde se alzaban las grandes torres, y volvía a sorprenderme de las

similitudes que había con la parte del otro lado, donde había vivido Ariel hasta hacía unos meses. Eran dos fachadas tan similares que parecían gemelas, si no fuera por las vidrieras que decoraban este lado del edificio, donde se representaban muchas escenas de los cuentos de hadas.

—Exacto —afirmó Ariel, entrando en el gran *hall* que había en esa zona del cuartel—. Primero al libro y luego, si no sacamos ninguna conclusión, podremos hablar con ellos.

—De acuerdo —indiqué a regañadientes, siguiéndolos hasta la biblioteca.

La luz artificial de la gran sala estaba encendida, aunque no hacía falta, ya que en el exterior era de día y los rayos del sol entraban por los vanos con total libertad. Era algo habitual, porque siempre había alguien consultando los libros que ocupaban las enormes librerías o estudiando las reliquias que habíamos recuperado a lo largo del tiempo.

Avanzamos hacia el extremo más alejado de la puerta por la que habíamos entrado y llegamos hasta el viejo escritorio que solía ocupar Merlín, y que estaba abarrotado de papeles. Vi cómo apartaba algunos de los libros que debía haber consultado mientras nosotros nos enfrentábamos al ejército rojo hasta que encontró lo que buscaba: el libro azul de los padres fundadores.

Lo llamábamos «libro azul» por la encuadernación exterior de sus tapas, de ese color tan intenso que no había nada comparable, salvo el que aparecía en los cuadros de Tiziano y que analizaba cuando podía escaparme del mundo de la fantasía, para disfrutar de las visitas culturales que me ayudaban a desconectar. A solas o en compañía.

Últimamente había preferido ir acompañada de mi propia soledad, pero en alguna que otra ocasión había venido conmigo Nahia, que se aburría sobremanera en ellas, compensando su escaso interés con lo que hacíamos después en mi habitación.

Es cierto que echaba de menos a otra persona, pero Bastian hacía tiempo que nos había dejado.

Me acerqué a la mesa redonda que había no muy lejos de donde se encontraban Merlín y Ariel, y me dejé caer sobre una de las sillas que había alrededor de ella. Apoyé las piernas sobre la lisa superficie de madera, sin importarme que las botas estuvieran llenas de barro, y observé la suciedad que también había impregnada en mis mallas caquis y mi chaqueta de similar color.

Menos mal que no me había decantado por otra ropa, porque ahora mismo estaría soltando espumarajos por la boca al saber que sería muy difícil lavarla.

—Tendré que tirarla —susurré sin intención de que nadie me escuchara y apoyé la cabeza en el respaldo de la silla. Cerré los ojos, no sin antes apartar los mechones rosados que caían sobre mi frente, y dejé que el sonido de las páginas al pasar me arrojara.

Después del entrechocar de metales, era lo más relajante que había experimentado desde que me había despertado esa mañana, cuando habíamos partido para luchar contra el ejército de la Reina de Corazones.

—Necesito una ducha —afirmé, y me incorporé de golpe.

—Y yo —indicó Ariel, y dejó la espada, con su funda, sobre la mesa—. Y comer algo...

—Ohh..., sí. Algo dulce —concordé, y mi amiga se rio, moviendo la cabeza de forma afirmativa mientras se quitaba los guantes y caía en la silla que había enfrente de mí.

Cuando escuché su risa, casi pensé que la joven estudiante a la que había engañado para que me siguiera hasta el cuartel había regresado.

Había días que me arrepentía de eso... De haberla traído conmigo. Días en los que me acordaba de cómo yo misma había sufrido al perder a un ser querido y ella había seguido mi mismo camino. Parecía que este mundo de la fantasía se reía de quiénes alcanzábamos el amor, burlándose de nosotras como un viejo chiste que no creía en los finales felices. Algo tan dispar a lo que propagaban los mismos cuentos de hadas.

—Ahora os vais, pero antes necesito que veáis una cosa —indicó Merlín, dejando el libro abierto sobre la mesa.

Las dos nos incorporamos y miramos el objeto que estaba dibujado en una de sus páginas.

—¿De qué se trata? —me interesé, tomando la biblia para apreciar mejor la reliquia.

Merlín nos miró a las dos como si escondiera un gran secreto, hasta que golpeó con el dedo el dibujo.

—Es una caracola.

—¿Una caracola? —pregunté, y me senté de nuevo, acercándome todavía más al libro.

Ariel se dejó caer con fuerza, haciendo mucho ruido por culpa de la armadura que todavía llevaba puesta.

—Es la caracola de Ariel, ¿verdad?

—¿Tu caracola? —la interrogué, confusa.

—Bueno, más concretamente, es la caracola de Úrsula —especificó Merlín, y apartó la silla que había entre las dos para acomodarse—. Según la historia, es donde estaba guardada la voz de la sirenita. A cambio de piernas, la bruja del mar le pidió su voz.

—Ahh... Por eso —comenté, señalando el libro y a mi amiga.

Esta encogió un hombro y suspiró.

—Esa reliquia perteneció a mi familia...

—Así es —afirmó el profesor, y me quitó el libro para pasar de página—. Según lo que dicen aquí los padres fundadores, podría ayudarte a descubrir tu poder.

Ariel frunció el ceño y se levantó. Tomó la espada, la sacó de su funda y la elevó por encima de su cabeza sin dejar de mirarla.

—No necesito ningún poder teniéndola a ella...

—Pero «ella» —señalé el arma con el dedo mientras arrugaba la boca. El color de la sangre y el metal no era algo que me agradara en ese momento—, no es Excalibur, y tú y yo sabemos que, como te enfrentes a *esa* espada, perderás.

Ariel me miró con cara de pocos amigos y se alejó de la mesa al mismo tiempo que giraba el arma entre sus dedos con gran destreza, atrayendo la luz del sol sobre la hoja.

—Quizás te sorprenda, Vega.

No pude evitar reírme mientras me echaba hacia atrás en la silla y llevaba mis brazos al cuello.

—Y quizás seas una ingenua, Ariel.

Dejó caer la espada, sin soltar la empuñadura, y enfrentó mi mirada.

—A veces, no sé si sigues siendo mi amiga...

—Si dudas de ello, es que quizás sí que eres tonta de remate —espeté, y me levanté. Apoyé las manos sobre la mesa y miré al profesor—. Estoy demasiado cansada para estas chorradas. Necesito una ducha y descansar. Si no os importa...

—Vega, por favor —me llamó Merlín, y respiré con fuerza—. Dame un minuto.

Observé la súplica en su mirada tras los cristales de sus gafas negras.

—Un minuto, profesor. —Elevé el dedo índice, donde uno de mis anillos brilló, contrastando con mi piel oscura.

Este asintió.

—Ariel... —la llamó, mirándola por encima del hombro—, por favor.

La joven suspiró con fuerza, subrayando las pocas ganas que tenía de hacer lo que le pedía, pero al final se acercó. Dejó la espada sobre la mesa y esperó con los brazos cruzados a que el mago hablara.

—De acuerdo —comenzó Merlín—. Ahora que tengo vuestra atención... —Nos miró otra vez y pude apreciar un brillo divertido en sus ojos—. Tenéis que ir a buscarla.

Arrugué el ceño y vi que señalaba la concha de nuevo.

—¿Para qué?

—No es necesario —dijo Ariel, alzando el tono sobre mí.

—Para ella, y sí, es necesario —respondió el profesor, señalando a la que se suponía que era mi amiga.

—Si no la quiere, es una pérdida de tiempo e, incluso, puede ser peligroso —comenté—. Acabamos de luchar contra una de las grandes aliadas de Arturo. De seguro que querrá venganza y tendremos que prepararnos.

—Vega tiene razón —acordó para mi sorpresa—. Puede ser peligroso...

El mago chascó la lengua contra el paladar, y negó con la cabeza.

—La necesitamos para que tengas una oportunidad. Para que todos tengamos una oportunidad —se corrigió, y noté cómo Ariel cedía—. No sabemos si tu manejo con la espada será suficiente, y estamos cansados... A pesar de que las victorias se suceden en las diferentes batallas a las que nos enfrentamos y que hemos recuperado muchas más reliquias desde que llegaste, no es suficiente —insistió—. La gente está cansada, el ánimo decae... Necesitamos que esto termine y no sabemos cuándo llegará la contraofensiva de Arturo.

—Está tardando más de lo que suele acostumbrar —indiqué—. Algo trama.

Merlín asintió.

—Seguro, y me temo que en cualquier momento recibiremos el peor golpe que nos pueda propinar.

—Pero...

—En el espejo de Blancanieves hay también pequeñas caracolas enlazadas con los caballitos de mar —la cortó, y las dos lo miramos, sorprendidas por esa información.

—¿Desde cuándo lo sabe?

—Hace unos días —me aclaró—. Había algo que me llamaba la atención en el marco que rodeaba el espejo y, tras limpiarlo con cuidado, comenzaron a aparecer estas pequeñas piezas. —Se acercó a su mesa, donde descansaba la reliquia, y nos animó a seguirlo—. ¿Veis? Aquí. —Señaló las conchitas de las que hablaba y que nos habían sido imperceptibles hasta ese momento.

—¿Esta reliquia y la caracola están relacionadas? —pregunté con interés, mientras pasaba mis dedos por las conchitas.

—Eso parece —afirmó, y miró a Ariel—. Necesitamos que vayas al castillo de tu padre y localices la caracola de Úrsula —indicó, sin dejarle ni un ápice de tiempo para exponer sus quejas—. Debes alcanzar tu máximo poder, si en realidad corre por tus venas...

—Sí que está en mi sangre —se defendió, e incluso se sintió insultada porque se dudara de ello—. Usted mismo dijo que perteneces a la rama primigenia y, por tanto, el poder de mi padre, o de Aurora, debe estar durmiendo dentro de mí. Incluso los padres fundadores hablan de mí en ese dichoso libro. —Lo señaló.

—Bueno, pero los padres fundadores a veces se equivocan...

Me observó con los ojos achicados.

—Tú siempre los defiendes —me acusó, y me encogí de hombros.

—Pero quizás he estado equivocada todo este tiempo y no hay ningún poder dentro de ti...

—Iremos —atajó, interrumpiéndome, y agarró la espada, junto al resto de sus pertenencias, para dirigirse a la escalera—. Voy a mi dormitorio a ducharme, luego hablaremos de los detalles.

Merlín y yo observamos cómo subía por las escaleras, para desaparecer de la habitación a continuación.

—Quizás se ha pasado un poco, profesor, con todo eso del ánimo decaído...

—Tal vez te has pasado mucho, Vega, con lo de que no crees a los padres fundadores. —Lo miré al notar la risa en su voz—. Siempre me has llevado la contraria cuando dudaba de su palabra y ahora... —Señaló el libro azul y luego las escaleras por las que se había marchado Ariel.

Encogí uno de mis hombros y sonreí con superioridad.

—Hacía falta un empujón...

—Pensé que el último encuentro que tuvo con Riku lograría que diera el paso...

Negué con la cabeza.

—Ella sola debe estar convencida. Ni nosotros ni Riku ni la última reliquia que recuperamos conseguiremos que cambie de opinión si ella no cree en sí misma.

Merlín apoyó la mano sobre mi hombro.

—¿Siempre has sido tan sabia?

—He aprendido del mejor —le indiqué, y le guiñé un ojo cómplice.

La risa del profesor me envolvió mientras me alejaba en busca de ese baño que tanto necesitaba. Cerré unos segundos los ojos y susurré unas palabras sin apenas emitir sonido alguno cuando alcancé el corredor con baldosas verdes y negras. Seguí las doradas hasta mi propia habitación cuando comprobé que mi llamada había funcionado.

Delante de la puerta me esperaba Nahia con una sonrisa de lo más sugerente.

—¿Me has llamado? —me preguntó, y me llevó un dedo a la cabeza.

—Necesitaba compañía... —Abrí la puerta y tiré de una de sus manos, invitándola a acompañarme.

CAPÍTULO 2

ARIEL

Abrí el grifo de la ducha y pasé la mano por el chorro de agua hasta que comprobé que la temperatura era la adecuada. Me había desecho de la armadura, que descansaba tirada en la esquina más cercana a la puerta de mi dormitorio, junto al resto de mi ropa, sin ningún cuidado.

Era lo primero que había hecho nada más cruzar el umbral de la habitación, cansada de sentirme encerrada. Mis pulmones comenzaban a quejarse y la seguridad que quería mostrar empezaba a desprenderse de la máscara que me autoimponía cada vez que me encontraba lejos de estas cuatro paredes.

Mi dormitorio era mi lugar seguro. En el que me había refugiado, junto al gimnasio, cuando desperté en aquella sala blanca y aséptica, amparada por varias camas vacías. Cuando abrí los ojos en la enfermería de La Fundación y me informaron de que el espejo de Blancanieves estaba a salvo.

Yo estaba a salvo.

Lo había conseguido.

Había logrado huir de los hombres de Arturo y le había arrebatado la reliquia que más deseaba casi a costa de mi vida.

Pero, por alguna extraña razón, no era feliz.

La misión que nos condujo hasta el castillo de la Bestia resultó ser una trampa y, aunque logramos ayudar al príncipe Adam y este

nos dio la llave que necesitábamos para alcanzar el espejo, todo fue a costa de la traición de Axel.

—Axel... —Toqué la llave que colgaba de mi cuello, y que contrastaba con el color de mi piel, y me quité la cadena para dejarla sobre el lavabo—. Si supieras que tu hermana parece un alma en pena, no lo habrías hecho... —susurré con pesar, recordando la sonrisa que siempre lo acompañaba, cuando el reflejo de mi rostro en el espejo me detuvo un segundo.

Las ojeras moradas destacaban sobre mi cara y mi cabello indómito no ayudaba a mostrar la estabilidad que quería aparentar. Ni la cordura.

Solo habían pasado unos meses desde aquella misión, pero mi vida se había transformado por completo. Junto a mi imagen. En mis ojos estaba asentada la tristeza, que luchaba a muerte con la venganza para apoderarse de mi cuerpo, pero ni yo misma sabía qué sentimiento deseaba que saliera ganador.

Era muy consciente de que en mi interior tenía lugar una batalla campal donde la cabeza buscaba la venganza, pero mi corazón, tan inútil como me había demostrado hasta entonces, pugnaba por que me detuviera un segundo y dejara salir todos esos sentimientos que me ahogaban.

Pero no tenía ni tiempo ni ganas de dejarme llevar, hacerle caso, porque sabía que solo provocaría que me sumiera en una depresión que podía ahogarme en un pozo sin fondo donde el dolor y el llanto me impidiera respirar.

Ya tenía su papel protagonista, ese órgano «débil», cuando se apoderaba por las noches de mí. Cuando las pesadillas me sorprendían y la ansiedad me desbordaba. El miedo hacía acto de presencia y la imagen de la persona que alentaba mi odio, mi ira y un sentimiento de venganza se materializaba entre las sombras, recordándome que no podía flaquear.

Es entonces cuando se materializaba un poso amargo en mi estómago, que me acompañaba hasta que amanecía, y me prometía a mí misma, de nuevo, que no me podía dejar engañar otra vez.

Y que no debía seguir pensando en él.

—Riku... —Su nombre se escapó de entre mis labios sin poder evitarlo, al mismo tiempo que suspiraba.

Mi conciencia era mi propia enemiga.

Cerré los ojos y me sujeté al lavabo, dejando la cabeza caída hacia delante. Un gesto de rendición que no permitía que nadie más viera.

Ni yo misma me lo podía permitir.

Los nudillos de mis manos comenzaron a ponerse blancos mientras trataba de retener sin éxito las lágrimas que se deslizaban por mis mejillas en silencio y el dolor rebotaba por las paredes del cuarto de baño.

—¡Joder! ¡Joder! —solté varias veces, hasta que me incorporé y me limpié con mala leche el agua salada. En ese momento, atrajo mi atención el brillo carmesí que había en una de mis mejillas—. Ya no eres la misma, Ariel. Ya no puedes ser esa niña tonta a la que engañó. Recuerda lo que pasó. Recuerda lo que te hizo —me ordené, y me giré hacia la ducha para dejar que el agua arrastrara todos los malos momentos que me habían conducido hasta aquí mientras un pensamiento se materializaba en mi mente:

«Pero hay tantas preguntas sin resolver...».

MUCHO MUCHO ANTES...
ARIEL

CAPÍTULO 3

ARIEL

Abrí los ojos despacio, pero los tuve que cerrar de inmediato cuando la luz me deslumbró. Me giré sobre la superficie blanda en la que estaba tumbada, y que parecía ser una cama, y tiré de la sábana hasta la cabeza, cuando me di cuenta de que tenía algo en el brazo derecho.

Entorné los ojos y lo levanté, percatándome de que se trataba de un catéter que estaba unido a una bolsa, de la que me llegaba lo que, supuse, sería algún tipo de medicamento. Me incorporé con cuidado, miré a ambos lados y observé que, donde me hallaba, había más camas, pero todas estaban vacías, excepto la mía.

Esperé por si alguien aparecía, pero pasó el tiempo y por allí no se veía a nadie. Es por ello por lo que aparté las sábanas y saqué las piernas por un lado del colchón, momento en el que aprecié que tenía una venda desde el muslo hasta el tobillo en la derecha. Giré el pie, doblé poco a poco la rodilla y, aunque noté un leve tirón, comprobé que podría mantenerme más o menos estable.

Apoyé la mano izquierda sobre el colchón y me di un pequeño empujón hasta que conseguí incorporarme del todo. La mano derecha agarraba el gotero del que colgaba la bolsa del medicamento y, cuando constaté que tenía fuerza suficiente para caminar, me dirigí hacia la única puerta que veía desde donde me encontraba.

Palpé la parte trasera del camión blanco que tenía puesto y sentí cierto alivio frívolo cuando comprobé que no había ninguna abertura que dejara visible mi trasero, como tanto había visto en las películas.

Avancé muy despacio para mi sorpresa, ya que en un primer momento había pensado que me encontraba mejor, pero el sudor frío que se deslizaba por mi espalda contradecía mis sensaciones.

Estuve a punto de regresar a la cama, pero ya había recorrido más de la mitad del trayecto, y pensé que me daba igual seguir hacia delante, y así poder averiguar dónde estaba, cuando Vega apareció ante mí.

—Ariel..., ¿estás de pie?

Yo sonreí al mismo tiempo que asentía con la cabeza. Creo que jamás en la vida había estado más feliz de ver a alguien con el pelo verde.

—Vega... El espejo... Riku... —comencé a tartamudear de los nervios, y sentí que mis piernas temblaban.

La joven se abalanzó hacia mí, rodeándome la cintura, y miró hacia atrás.

—¡Merlín! ¡Pérez! ¡Venid!

—Vega, no puedo... —Dejé caer todo mi peso sobre ella.

—Tranquila. Está bien. Estoy contigo —me dijo. Y, a pesar de ser más baja que yo, y de que su complexión era más delgada, noté que me alzaba levemente y me llevaba hasta la cama que teníamos más cerca.

—Vega, ¿qué sucede? —Escuché la voz de Merlín detrás de ella y un sentimiento a hogar me atravesó.

Era la misma sensación que conseguía transmitirme mi abuela, y eso que apenas había convivido con el profesor. Quizás se debía a que había conocido a mis padres y que había prometido contarme cosas de ellos, cuidarme... No lo sabía en realidad, y tampoco me detuve a analizarlo, ya que con solo verlo, y a Vega, supe que estaba a salvo.

—Profesor, Ariel ha despertado —le anunció, y el rostro del hombre, mucho más joven que la edad que poseía, apareció delante de mí.

—Ariel, cariño, ¿qué tal te encuentras? —Se colocó al otro lado de la cama, donde Vega me obligaba a tumbarme de nuevo, y me regaló una sonrisa preocupada que traté de borrar con rapidez.

—Bien, bien... Algo dolorida, pero soportable.

El hombre asintió contento.

—Nos alegramos...

—¿Qué tal está nuestra paciente? —preguntó una voz desconocida para mí.

—Parece que bien, Pérez —respondió Merlín, y un hombre de baja estatura, mucho más pequeño que Gruñón, apareció ante mí.

Tenía el cabello rubio y, por entre sus mechones dorados, asomaban unas orejas de gran tamaño. Su nariz era respingona, y de ella nacían varios bigotes largos y finos con libertad. Eran similares a los de un ratón. Llevaba una bata blanca sobre la ropa y un estetoscopio colgaba de su cuello.

Me observó, con lo que parecía un gesto complaciente, y se acercó a la cama al mismo tiempo que Vega se apartaba. Vi cómo presionaba un pequeño botón, situado en la mesa que había cerca de donde nos encontrábamos, y una escalerilla salió de la estructura del lecho.

—Vamos a ver cómo estás, Ariel —comentó, ascendiendo los escalones para colocarse a mi altura, y me tomó el pulso.

—Pérez, ¿qué tal? ¿Todo bien?

El mencionado siseó acallando a Vega.

—¿Es médico? —interrogué mirando a Merlín, y este asintió con la cabeza.

Volví a prestar atención al hombre de la bata blanca y esperé a escuchar su diagnóstico.

—Parece que todo marcha de acuerdo con lo estimado —señaló Pérez, y me soltó la muñeca tras guiñarme un ojo.

—Pues se ha tirado una semana inconsciente, por lo que más vale que todo esté en perfecto estado —comentó Vega de malos modos, y la observé confusa.

—¿Una semana?

—Vega... —Merlín la llamó, reprendiéndola.

Pasé mi atención de la joven al profesor, con el ceño fruncido, y luego me centré en el médico.

—Doctor...

—Pérez —me corrigió—. Todos por aquí me llaman Pérez, por lo que tú también puedes hacerlo sin problema.

Asentí conforme y continué hablando:

—Pérez, ¿qué ha pasado?

—Winifred y Hansel te encontraron y te trajeron a La Fundación —me explicó—. Estabas malherida...

—Daba miedo ver tus heridas. Estábamos muy preocupados —señaló Vega, y recibió una mirada de enfado por parte de Merlín, lo que provocó que se cruzara de brazos y se enfurruñara todavía más.

Si no fuera porque quería descubrir todo lo que había ocurrido hasta llegar aquí, me habría reído por su comportamiento. Parecía una niña pequeña que no conseguía lo que deseaba.

—Pérez... —lo animé a que prosiguiera.

Este asintió con la cabeza.

—Tuvimos que curar tus heridas, pero el dolor que sentías era tan profundo que tuve que inducirte al coma —me explicó.

—Y has dormido una semana entera...

—Tu cuerpo necesitaba sanar. Debías descansar mientras recuperabas las fuerzas —apuntó Pérez mirando de reojo a Vega, quien parecía que no estaba muy conforme con que el médico me hubiera dormido—. Por eso, te hemos ido suministrando un medicamento especial que hacía que todas las actividades que realiza normalmente tu cuerpo prosiguieran, como si estuvieras despierta, sin perder ni un ápice de tu energía. Tus músculos no han perdido masa y tus órganos han trabajado a medio ritmo, pero con la

ayuda de eso —señaló la bolsa que colgaba de la barra de metal—, se encuentran mejor que nunca.

—¿No es suero o algún analgésico? —me interesé, mirando el líquido transparente.

Era cierto que, si te quedabas de forma fija observándolo, se podía apreciar una especie de brillantina parpadeante que se deslizaba de la bolsa al tubo, que luego se introducía en mi cuerpo.

Pérez negó con la cabeza mientras buscaba una gasa en los cajones de la mesa.

—Tiene un toque especial..

—Mágico —especificó Vega, y vi cómo Merlín se acercaba a ella para atrapar su brazo.

A continuación, los dos salieron de la sala sin decir ni una palabra más, y Pérez y yo nos quedamos solos.

El médico, aunque observó cómo se marchaban, no tardó en proseguir con lo que realizaba.

Observé cómo llevaba la gasa hasta el lugar donde tenía la aguja clavada al brazo, por donde entraba ese líquido mágico, como lo había llamado la joven de pelo verde, y tiró de ella sin avisarme.

Tensé la mandíbula brevemente cuando noté el pinchazo, pero el dolor se marchó tan rápido como había llegado. La gasa sustituyó a la aguja, y el médico me obligó a doblar el brazo para evitar que saliera sangre.

—¿Bien?

Yo asentí, esperando que continuara con la explicación que me ofrecía antes de que nos hubiéramos quedado solos, pero estaba más concentrado en recoger la bolsa y los tubos de plástico que en hacerme caso.

—Pérez, por favor, ¿me explica qué sucedió?

El hombre movió la nariz de una forma graciosa y, aunque escuché cómo suspiraba con resignación, se bajó de las escaleras y me miró desde una posición mucho menos ventajosa para él.

—Ariel, tus heridas eran muy graves. Tu vida corría peligro y, por eso, opté por la solución más rápida.

—Dormirme...

Asintió.

—Utilicé un poco de la magia que poseo. —Chasqueó los dedos y una chispa nació de ellos—. Te dejé en una especie de coma, como lo llamáis en vuestro mundo, y rezamos para que te despertaras.

—Hoy. —Movié la cabeza de forma afirmativa—. Pero... ¿por qué hubo que rezar? ¿No era algo seguro?

Observé cómo el hombre, que cada vez me recordaba más al Ratoncito Pérez, agachaba la mirada oscura y se rascaba la cabeza.

—No sabíamos lo que podíamos esperar —confesó para mi sorpresa—. Desconocíamos cómo podía afectarte la magia, ya que no sabemos a ciencia cierta si podrías soportar su energía corriendo por tus venas o si sufrirías algún tipo de reacción adversa, ya que eres parte de la familia primigenia, y podría tener algún síntoma que...

—Acabara con mi vida —terminé por él, cuando vi que tardaba en proseguir con su discurso.

Movié la cabeza de forma afirmativa y buscó mis ojos.

—Era la única opción que podía ayudarte y...

—Tranquilo —le indiqué, y me acerqué al borde de la cama para atrapar su mano—. Estoy bien, ¿no? —Asintió y, aunque noté poca seguridad en ese movimiento, no quise profundizar en el tema. Me encontraba bien, y eso era lo importante—. Vega no estaba muy conforme con su proceder, ¿no?

El médico sonrió con cariño.

—Vega estaba muy preocupada al ver que tardabas en despertar, y le puede su impaciencia, pero en el fondo es una buena chica.

—Una buena amiga —afirmé, y el hombre asintió conforme.

—Ahora, será mejor que descanses —me aconsejó, y soltó la mano que todavía teníamos unidas—. Avisaré de que te traigan algo para comer. Debes de estar hambrienta.

—Sí, gracias.

Observé cómo se alejaba y desaparecía por la puerta que no había conseguido alcanzar al mismo tiempo que me recostaba sobre la cama. De pronto, el poco ejercicio que había realizado me pasaba factura y notaba los ojos muy pesados.